

EDITORIAL

Cualquier economía que busque mejores niveles de vida, incrementos de la productividad y fortalecimiento de la capacidad competitiva (tanto en los mercados locales como en los foráneos) encuentra en la ciencia y en la tecnología instrumentos imprescindibles. El bienestar de la comunidad, la productividad y la permanencia en los mercados van en relación directa con la asimilación efectiva de conocimientos científicos y de aplicaciones tecnológicas.

Esta constatación ha llevado prácticamente a todos los países del mundo a tomar decisiones de política y diseñar instrumentos operativos que propician la incorporación de la ciencia y de la técnica como instrumento de desarrollo económico y social. Colombia ha tenido, en este campo, una iniciativa particularmente lúcida a partir de la reforma administrativa de 1968.

Hasta el presente se puede decir que, con mayor o menor fortuna, de manera directa o indirecta, los diferentes gobiernos han asumido posiciones tendientes a capitalizar los avances de la ciencia y de la tecnología en función de los grandes objetivos nacionales de crecimiento económico, desarrollo social y avance cultural. Con todo, parece llegado el momento de dar un paso más decidido en este sentido. Este paso consistiría en dejar de considerar a la ciencia y a la tecnología como un instrumento más de desarrollo para convertirla en el instrumento estratégico del mismo. Así lo hicieron, en diferentes momentos de su historia, países que hoy exhiben altísimas tasas de productividad, apreciables niveles de bienestar social y presencia destacada en los mercados mundiales.

El país goza de un altísimo grado de autoconciencia sobre sus propias potencialidades y limitaciones. No es ciertamente exagerado afirmar que Colombia es un país sobrediagnosticado. Quizás por el legítimo afán de la objetividad como fundamento para la adopción de políticas, han proliferado los diagnósticos, tanto globales como sectoriales, tendientes a caracterizar (y en ocasiones a cuantificar) las condiciones específicas del país tanto en lo económico, como en lo social y en lo cultural. No se precisaría, en consecuencia, un nuevo esfuerzo de identificación y análisis de las mayores urgencias del país para sustentar decisiones de política orientadas a hacer de la ciencia y de la tecnología la variable estratégica para su solución.

Podríamos, a modo de ejemplo, puntualizar algunos aspectos de la vida nacional para iniciar una tarea de visualización de la forma cómo aplicar la ciencia y la tecnología como variable estratégica en función de los mismos. Se podría pensar en las tasas de crecimiento del producto y del ingreso, en el crecimiento del sector externo, en la mayor diversificación de las exportaciones, en el mejoramiento de la prestación de los servicios de educación, salud y recreación, en la disminución de los índices generales de desempleo, etc.

En primer lugar, parecería evidente que el crecimiento del producto y del ingreso va en función directa con la incorporación de ciencia y tecnología. Efectivamente crecimiento científico-técnico es igual a incrementos en los índices de productividad y, por lo mismo, de excedentes y de ingresos. Sólo la modernización del aparato productivo y de sus técnicas de gestión [tecnologías administrativas] pueden garantizar un incremento en las tasas de crecimiento del producto que, durante los últimos 15 años, exhibe un crecimiento histórico bastante bajo [4%], a pesar de la recuperación de los dos últimos años.

El mayor crecimiento del sector externo exige, a su vez, una iniciativa considerable por parte del país en la identificación de nuevas ventajas comparativas en el contexto de la reconversión industrial que se está insinuando a escala mundial y las nuevas corrientes del comercio internacional. Esto demandará un esfuerzo considerable en materia de "diplomacia científico-técnica" con una buena capacidad de anticipación para detectar nuevas oportunidades y nuevas tecnologías compatibles con nuestra ubicación geopolítica y dotación interna de recursos.

Coherentemente con lo anterior, la diversificación de las exportaciones requiere, además de imaginación, buenos desarrollos tecnológicos, por ejemplo, en el sector de frutas y hortalizas y, más específicamente, en la adopción de tecnologías encaminadas a la superación de las pérdidas de postcosecha y a garantizar mayores períodos de conservación de los productos perecederos para prevenir la degradación biológica y las pérdidas comerciales. Siempre en el contexto de la reconversión industrial, son de esperar nuevas oportunidades para las exportaciones menores y, por lo mismo, nuevas oportunidades para que la pequeña y mediana empresas tengan mayor representatividad en el sector exportador nacional.

El mejoramiento de la prestación de los servicios salud, educación y recreación, se encaminaría esencialmente a un aprovechamiento de economías de escala para el abaratamiento y democratización de los mismos. Es evidente la concentración de los beneficios del desarrollo tecnológico a favor de los estratos poblacionales de mayores ingresos, especialmente, en la prestación del primero de los servicios señalados. El aprovechar las economías a escala requerirá una política de sustitución de importaciones de bienes de alto contenido tecnológico materializada a través de la capacitación de recursos humanos, la creación de un mercado protegido y los incentivos a la innovación.

Por último, el así llamado desempleo tecnológico se presenta más acuciosamente en países como el nuestro, importadores de tecnología. Esto se evidencia si consideramos que las fallidas oportunidades de empleo ocasionadas por la tecnología importada no se ven compensadas por nuevas oportunidades en la fase de creación de tecnología como sí sucede en los países avanzados. Una política de sustitución de importaciones, por ejemplo, en el área de bienes de capital, vía desagregación tecnológica, facilitaría un desplazamiento interno de la mano de obra que pasaría de ser simple usuaria de tecnología a generadora de la misma.

Sirvan estas esquemáticas consideraciones como invitación reiterada a expertos colombianos y latinoamericanos en política científica y tecnológica a participar con sus ensayos y escritos en la discusión de estos temas a través de las páginas de la Revista Ciencia, Tecnología y Desarrollo.

Miguel A. Infante Díaz